

# *Análisis de la crisis actual de la medicina en Colombia*

Eduardo Vallejo

**D**ecía Alvaro Salom Becerra en su libro *Un tal Bernabé Bernal*, que: "La tragedia del empleado público es que no se atreve a dejar de serlo, por temor a morir de hambre".

Esto traducido a términos médicos podría llamarse el "síndrome del empleado público", y ustedes me van a perdonar, pero creo firmemente que a los médicos nos está afectando este síndrome, y de esta afección ya se han dado cuenta el Estado, las empresas y la sociedad; dichosos, están sacando buen partido de ello, dándonos el tratamiento que siempre le han dado al empleado público, es decir: atropello, vejación, irrespeto y desprecio. Si no es así, entonces qué significa el Decreto 439 del 95, o las arrogantes amenazas del gobierno de "traer médicos de Cuba" para prestar los servicios que los médicos colombianos se nieguen a dar como protesta por el trato que reciben. Y qué decir de la medicina prepagada, las EPS, IPS y demás inventos de la Ley 100. Honorarios de \$2.500 a \$14.000 por consulta son una afrenta que aún no entiendo cómo estamos sobrellevando, cuando un plomero está cobrando \$20.000 por destapar un lavaplatos, un electricista \$235.000 por arreglar una lavadora y un técnico de teléfonos \$25.000 por componer una línea telefónica trozada, en un tiempo no mayor de 20 minutos. Y como si estos

ejemplos fueran poco para ilustrar mi tesis, todavía resuenan en mis oídos las palabras de un colega parlamentario que nunca ha ejercido la medicina y tampoco ha hecho nada por ella en sus ya largos años en el Congreso, quien me decía que "a los médicos había que bajarlos del curubito, pues llevábamos mucho tiempo allí y nos habíamos convertido en una casta privilegiada sin mérito alguno para serlo". Podría hacerme interminable relatando anécdotas y trayendo aquí información que se ha venido acumulando a través de por lo menos quince años o más de un pésimo manejo de la salud pública. Pero la mayoría de ustedes ya conocen todo esto y no es mucho lo que vamos a sacar trayendo tristezas a nuestra memoria; más bien hagamos un análisis de lo que yo creo nos ha llevado a colocarnos por debajo del nivel salarial de un obrero o al menos de una fuerza laboral no calificada.

En primer lugar tengo que decirlo francamente, el cuerpo médico es en muy buena parte responsable de que se haya perdido la estima, el respeto y la dignidad de que gozara hasta hace poco tiempo. Nos dejamos arrastrar por los vientos mercantilistas

---

Conferencia magistral dictada durante el II Congreso Nacional de Neurología, Barranquilla, Noviembre de 1995.

Dr. Eduardo Vallejo Mejía: Profesor titular Escuela Colombiana de Medicina. Neurólogo, Pereira.

tas que soplaban del gran país del norte, tasando en dólares y convirtiendo a pesos nuestros honorarios, respaldados por algunas de las sociedades científicas que cada año hacían ajustes a los modelos de costos superiores a los niveles de inflación o al ajuste monetario, copiando las más de las veces sin adaptación alguna las cifras fijadas por sus similares americanas.

Dejamos de ver en los pacientes a los dolientes que con enorme esperanza y buena fe venían a nosotros buscando alivio y comenzamos a tratarlos como una fuente de ingresos, pero torpemente, puesto que no aplicamos el principio comercial de que el cliente siempre tiene la razón y el empresario debe estar atento a satisfacer en todo momento y a toda hora sus gustos y necesidades. Nosotros no, para nosotros ese principio no tenía cabida.

El ejercicio profesional fue adquiriendo el aspecto de una obligación y no como siempre lo fue, de un servicio. El trato al paciente por lo tanto se fue desmejorando y no queríamos saber nada de requerimientos o llamadas en horas incómodas; nuestro tiempo, cada vez más frecuente para los deportes, el descanso o la diversión, era sagrado y por lo tanto no podía ser interrumpido por ningún motivo.

El incumplimiento de los horarios de citas, las llegadas tarde a nuestros consultorios, el abandono de los pacientes hospitalizados, la cancelación de citas a última hora, la descortesía y mal trato para con los familiares, fueron convirtiéndose en una norma y una manera de ejercer. Manera, claro está, totalmente des-

humanizada e imperdonable para cualquier profesional o servidor público, pero inconcebible en un médico. Y esto nos lo están enrostrando continuamente hoy en día los organismos oficiales y la sociedad en general dándolo como uno de los pretextos para reducirnos a la situación a la cual nos están llevando.

Es cosa frecuente escuchar a familiares y amigos, o leer artículos en revistas y periódicos, acerca del abuso de los médicos y cómo nos estamos convirtiendo, a expensas del sufrimiento ajeno, en los nuevos "magnates" del país; a pesar de que hasta ahora no he visto y seguramente nunca lo veré, a ningún médico u organización médica en la lista de la revista Fortune, o en la publicación anual de Semana acerca de las empresas y hombres más ricos de Colombia.

Pero no vayamos tan arriba. ¿Ustedes conocen a algún médico en su ciudad de origen que pueda calificarse como "muy rico"? No lo creo. Tener una buena casa, dos automóviles y una acción de un club, no hace rico a nadie. Y hay algo que es mejor mencionarlo de una vez: fuera del campo médico no ha habido quien se haya detenido y muchísimo menos los burócratas a pensar en estos momentos de reformas a la salud, cuánto dinero invirtió el gobierno en las universidades oficiales y las familias (y en no pocas ocasiones el estudiante mismo) en las universidades privadas para preparar a un médico.

¿Ustedes creen que alguno de los ex Ministros de Salud no médicos, saben cuánto tiempo le toma a un médico general o a un especialista prepararse para salir a ejercer (no digamos si

bien o mal, simplemente salir) con un certificado que lo acredite como tal? Ninguno. No saben si un médico se prepara en 5, 6, 7 ó 15 años y tampoco les interesa a la hora de hacer sus proyecciones de costos. ¿Y sabe el mismo gobierno, o la sociedad, qué sigue después del egreso de un facultativo? ¿Saben acaso que ese recién egresado tiene que comprar por lo menos dos suscripciones médicas ya que las bibliotecas fuera de algunas capitales y aun en éstas, son muy pocas y mal dotadas? ¿Que somos los médicos, con dinero de nuestros bolsillos, los que adquirimos libros aun más costosos que las revistas? ¿Que también de nuestro bolsillo salen los gastos para asistir a congresos nacionales, ya que a los internacionales ya no van sino unos pocos "de buenas" que obtienen el patrocinio de empresas farmacéuticas? No, no tienen ni idea. Alguna vez comentaba estos aspectos con un médico muy activo en la preparación de la Ley 100: me puso mirada vidriosa y cambió el tema. Hay mucho de politiquería, populismo e improvisación en todo este enredo de la salud en Colombia. Y algo que simplemente no entiendo es la alcahuetería oficial y, peor aun, de algunas organizaciones médicas con el negocio de la medicina prepagada.

La Medicina Prepagada es simplemente un negocio cualquiera, una actividad comercial más como exportar flores, café o carbón. Es el cambio de lo que antes se llamaba un seguro de salud que usted compraba en cualquiera de las compañías de seguros que prestaban este servicio -por un precio que variaba según la cobertura del programa

y la extensión del mismo, sin exigir requisito alguno diferente a la información personal que solicitaba la compañía, el pago del seguro y la renovación anual sin que las compañías impusieran determinadas instituciones hospitalarias, determinados médicos y muchísimo menos negociaran los honorarios con éstos por un sistema de comercialización que constriñe y limita al paciente, discrimina sin ningún criterio científico o tecnológico a las instituciones de salud y explota vilmente al profesional de la salud, porque ya no es sólo a los médicos a quienes nos tienen "encuellados"; es a odontólogos y a otros profesionales de la salud también.

¿Y ustedes creen que la Superintendencia de Salud, el ministerio o cualquiera de las organizaciones encargadas de vigilar la prestación de los servicios de salud, se han preocupado por realizar investigaciones profundas? No. De vez en cuando salen unas tímidas disposiciones de la superintendencia sobre el costo o incremento que se le están haciendo a los usuarios. ¿Pero, ustedes han visto o se han informado de que hayan hecho lo mismo con los honorarios de los médicos si es que podemos llamarlos tales? No creo.

No somos los profesionales la preocupación oficial; son los usuarios, es decir, los electores, los votos, lo que de vez en cuando le preocupan y especialmente en épocas preelectorales. Y claro, como la Medicina Prepagada es un negocio, no muy lucrativo por el desgüeño, caos y falta de planeación, pero de todas maneras un negocio, está diseñada y dirigida a conseguir la clientela entre la industria, el

comercio y los usuarios ricos del país, es decir, el elitismo por excelencia.

¿Es la Medicina Prepagada la que le está resolviendo los enormes problemas de salud al país? Sería uno de muy mala fe o de una torpeza infinita para decir que sí. Entonces, ¿por qué los médicos estamos sometidos a tamaño ultraje, por qué lo estamos aceptando como corderos que van al matadero? ¿Será porque estamos demasiado afectados por el "síndrome del empleado público"?

¡Qué vergüenza! ¡Perdóñenme, qué falta de dignidad! Nosotros resolviéndole los problemas de salud, recetándole gratis o casi gratis a los, ahí sí, muy ricos de Colombia y a todas las empresas que por parte de nuestro país, figuran en la lista de Fortune, The Economist, Semana, Cromos, Aló y demás publicaciones que se ocupan de los chismes económicos y de otros.

¿Y qué se está haciendo para evitar que esas sanguijuelas sigan explotando, abusando y ultrajando? Pues nada; nada por parte del Estado, nada por parte de las organizaciones médicas y claro está, nada por parte de los médicos a nivel particular. Y mientras no seamos nosotros los que en un solo bloque digamos "no más, se van con su clientela de ricos felices de tener un servicio médico tan eficiente, bueno y sobre todo tan barato a buscar médicos cubanos, swahilis o de Costa de Marfil, porque ya no más médicos colombianos trabajándole gratis a los poderosos", no lograremos ni un ápice en la conquista de la justicia y la dignidad en el trato para con el cuerpo médico.

Le comentaba en alguna ocasión a un amigo, que la sociedad es

inclemente en sus exigencias y expectativas, en todo lo que se refiere a tres servidores públicos. El ministro de Dios, el militar y el médico. Fijense ustedes que es a estos tres elementos a quienes no se les perdona ni el más mínimo deslíz. Lo que puede ser considerado como algo explicable o al menos comprensible en otros profesionales o miembros de la comunidad, a estos tres no se les permite. Para la sociedad tenemos la obligación absoluta de comportarnos con altura, dignidad y sin la menor sospecha; ¿por qué tanta exigencia? Creo que es por dos razones. En primer lugar ante cualquiera de esos tres servidores, la comunidad llega con todas las esperanzas y fe puestas en ellos y en segundo lugar porque la trascendencia, importancia y necesidad que ellos implican para cualquier sociedad civilizada o primitiva, culta o rústica, los convierte en seres no sólo indispensables, sino revestidos casi que con aureola mítica y esto, claro está, tiene su precio: la absoluta exigencia de un comportamiento intachable. Cualquier falla, cualquier demostración de indignidad, nos hace merecedores del repudio y la censura. Creo que esto es lo que está pasando y lo que al menos la sociedad nos está cobrando.

Es posible que a los políticos y explotadores de la salud los tenga sin cuidado tal comportamiento, pero es un hecho que se apoyan en nuestro desprestigio social para abusar de nosotros, sin que ello provoque reacciones de protesta dentro de la comunidad. ¿O las ha habido? No, que yo sepa. ¿No les llama la atención que a través de los últimos años de crisis en la prestación de los

servicios de salud y de abuso del médico, no se haya levantado una sola voz de protesta o de apoyo hacia el cuerpo médico, por ninguno de los estamentos de la sociedad civil? No sólo es muy diciente, es terriblemente triste.

Hay otro aspecto que es preciso estudiar aquí, puesto que es tan importante como el ya mencionado. Se trata de la indiscutible debilidad del gremio médico, si es que es posible hablar de un gremio médico en nuestro país. Nos falta cohesión, carecemos de unión, no tenemos interés alguno en presentar un solo frente para defender nuestros derechos y es este terrible individualismo el que nos tiene con la cabeza metida en la arena, sin darnos cuenta de que vamos danzando alegremente hacia la guillotina como en su época la aristocracia francesa.

No queremos saber nada de lo que ocurre a nuestro alrededor, no aceptamos que se nos importe con invitaciones a participar activamente en la discusión de los problemas de la salud y en la búsqueda de las soluciones.

En alguna ocasión comentaba con extrañeza un alto funcionario público sobre la indiferencia tan inexplicable que el cuerpo médico había demostrado en la discusión de la Ley 100 en su fase preparatoria. Tengo entendido que en muchos de los foros brillaron por su ausencia los representantes de las altas organizaciones médicas. ¿Entonces, tienen algún valor nuestras actuales lamentaciones y gemidos? Ninguno. Ese comportamiento de vírgenes necias nos ha dejado sin autoridad alguna para criticar las absurdas decisiones que

tomaron por nosotros los políticos, economistas y demás miembros de la fauna oficial. Además ya es muy tarde; todas esas disposiciones tienen vigencia legal y están ahí para quedarse.

No nos quejemos, actuemos; pero para ello debemos adquirir fortaleza como gremio. Repito, no la tenemos y es gracias a nuestra debilidad que pasamos inadvertidos ante nuestros legisladores, quienes tienen la plena seguridad de que nada de lo que ellos decidan tendrá alguna repercusión o respuesta dentro del cuerpo médico y, si acaso tímidamente algunas organizaciones hacen sentir su voz de protesta, ni se enteran, "no vale la pena escucharlos, no tiene importancia, no pueden crear problemas". Lo grave es que tienen razón; tal como estamos en la actualidad, nuestras voces no se perciben, no hay fuerza en ellas porque no están respaldadas.

En alguno de los artículos que estuve leyendo se decía que nuestro gobierno, y yo diría que casi todos los gobiernos, responden cuando se sienten amenazados o ven en peligro la integridad de su imagen. Obviamente se trata de amenazas por parte de organizaciones fuertes que en un momento dado los puedan poner en aprietos y otra vez lo digo, éste no es nuestro caso.

En una reciente reunión de la Asociación Colombiana de Neurología hacía mención de este punto y citaba como ejemplo la derrota sufrida en el Congreso Americano por la Ley de Reforma de Salud, la también llamada Ley Hillary por la colaboración e interés que demostró la primera dama de esa nación en sacarla adelante. Como todos lo sabemos, fue derrotada a pesar de la

intervención personal del presidente y de su esposa, quienes se recorrieron todo el país hablando de las bondades de su reforma. Y la derrotaron las organizaciones médicas, que pusieron todo el peso y prestigio que tienen, para convencer a los legisladores de los inconvenientes y absurdos de esa ley que, dicho sea de paso, sirvió de marco a nuestra Ley 100.

Dicen hoy en día en el eje cafetero que "ante una crisis, la única solución es la unión". Nosotros tenemos que aplicar esta máxima o perecemos; soy francamente partidario de la creación del Colegio Médico Colombiano, tal como ha sido propuesto por algunas sociedades científicas y en artículos publicados por varios colegas.

Me parece que el Consejo Superior de Instituciones Médicas es demasiado heterogéneo en su composición, con el agravante de que en él están involucradas algunas de las facultades de medicina oficiales y esto le quita independencia y le resta fuerza. La Federación Médica Colombiana nunca ha demostrado en sus tantos años de existencia un liderazgo suficiente. La Academia Nacional de Medicina tiene objetivos y metas muy distintas y además siempre ha actuado como la consultora y representante del gobierno en muchas ocasiones. Por Ley ésta es una de sus funciones.

El Colegio Médico tendría que ser una organización totalmente independiente a la cual deberían estar afiliados todos los médicos en ejercicio legal y su único fin sería el de luchar por los derechos de los médicos en el aspecto gremial y laboral, llevando la vocería ante el gobierno, las en-

tidades legislativas y judiciales, así como también ante las empresas y organizaciones privadas cuando éstas estén explotando el filón de la salud pública a base de esclavos llamados médicos.

Pero su actuación no podría ser tardía o a posteriori; tendría que contar con una información al día sobre los movimientos y planes de las organizaciones mencionadas, para salirles al paso y darles la pelea sin miedo ni timideces, otro de los lastres que ha tenido al cuerpo médico maniatado.

Existe un temor reverencial a hablar duro, a protestar, a decir un NO fuerte, porque siempre nos hemos dejado convencer de que nuestra nivea y prístina profesión con características apostólicas nos impide levantar la cabeza y tomar una posición de lucha en defensa de nuestros intereses que a la postre son también los de los pacientes.

Este desastre del ejercicio médico que estamos presenciando ahora no tiene sino un gran perjudicado, el paciente y una víctima, la profesión médica, la cual, si no cambian las políticas y mejoran las condiciones, va a sufrir una mengua como jamás se lo han soñado los planificadores de la salud. No creo que ningún joven o al menos un joven inteligente, esté dispuesto a ingresar a una facultad de medicina con un costo que sobrepasa, y en mucho, lo que se invierte en cualquier otra profesión, con una duración de los estudios que duplica o triplica la de cualquier otra carrera, además de un sacrificio y esfuerzo superiores, para salir a ganar salarios de mano de obra no calificada y de pronto ni siquiera eso; o

trabajarle a la "medicina de los diez minutos" por las migajas que caen de la mesa del rico Epulón; tradúzcase empresas promotoras y prestadoras de servicios de salud. No quiero hacer el papel de oráculo o Cassandra, pero tal como van las cosas, en un futuro no muy lejano sí va a tener el gobierno que importar médicos de los países No Alineados y no ya para enfrentarlos a una protesta, sino para prestar los servicios médicos en sus instituciones, pues las facultades de medicina para ese entonces estarán semivacías y algunas habrán tenido que cerrar.

No podemos terminar sin mencionar la irresponsabilidad oficial en relación con la proliferación de escuelitas de mala muerte a las cuales el ICFES les ha negado el permiso para funcionar, pero que sin embargo siguen reclutando y estafando jóvenes, la mayor parte de ellos de provincia, a los cuales concentran en unas casuchas con una mansarda y les prometen formarlos en un año y medio o máximo tres años y les dicen que tienen garantizado su diploma para ejercer legalmente. Hay que decirlo aquí, la mayoría de estos negocios corruptos e inmorales son de propiedad y están regentados por parlamentarios de todos los pelambres y es posiblemente ésta la razón por la cual los ministerios de Educación y de Salud están mirando hacia otro lado, mientras este hecho criminal sucede en sus narices.

¿Ustedes se imaginan la clase de profesionales que podrán salir de tales programas? Solamente irán a engrosar la ya abundante lista de "profesionales" dedicados a la pomposamente lla-

mada medicina alternativa, y que no es nada más que un asalto a mano armada a enfermos o desesperados pacientes.

¿Qué gobierno, eficiente claro está, puede pensar que las personas que padecen enfermedades, bien sea sencillas o complicadísimas, van a curarse aspirando esencias florales o dejándose colocar, por unos minutos, piedras preciosas o sentándose bajo una enorme pirámide de plástico con iluminaciones raras? Que nos digan los señores ministros de Educación y de Salud. Pero allí están todos esos estafadores llenando sus bolsillos, robando al pueblo colombiano y así continuarán indefinidamente.

Es decir que los esfuerzos y la lucha de tanta gente importante que con enorme dedicación y experiencia trabajó desde comienzos de los años cincuenta, para cambiar el panorama médico en el país, introducir nuevos *curricula* en las facultades de medicina, sacarlas de la retórica y colocarlas en el campo práctico y tecnológico hasta llevar la medicina colombiana a una preeminencia notable en el continente, fueron un arar en el mar y un edificar en el viento. Porque un plumazo de burócratas populistas y desinformados dio al traste con más de 45 años de paciente y fructífera labor.

Pero ya para terminar quiero decir que los sí médicos no cambiamos nuestra actitud, si no volvemos a considerar a quien acude con esperanza y fe en nosotros como a nuestro paciente (y no como a un cliente más), quien merece toda nuestra dedicación, nuestros conocimientos permanentemente actualizados, el trato respetuoso y solícito que en su calidad de enfermo

## Crisis de la medicina en Colombia

espera de nosotros, es decir, si no recuperamos la dignidad, el respeto, la consideración y el aprecio de la sociedad, no ha-

brá solución posible a esta crisis. Es por allí por donde hay que comenzar y una vez restablecidos, sí podremos defender

nuestros derechos y exigir el trato y la remuneración que merece la más noble, la más sacrificada de las profesiones.